



El fuego del carisma

Hno. José Ignacio Carmona

Una peregrinación de esperanza

Una peregrinación de esperanza

El fuego del carisma

**Circular del superior general
José Ignacio Carmona, S.C.**

INTRODUCCIÓN

Hermanos, el Capítulo general de 2006 nos invita a emprender una peregrinación de esperanza por el camino de la comunión “bajando a la vida interior, revitalizando las relaciones interpersonales y encendiendo el fuego en el santuario de la misión” (*Una peregrinación de esperanza*, p. 17).

Quiere el Capítulo que hermanos y colaboradores, conjuntamente, realicemos esta peregrinación para “ser signos esperanza para nuestro mundo herido y para sus hijos” (*Ibid.*).

Después de haberme detenido en las cuatro primeras circulares en la vida interior y en las relaciones interpersonales, me corresponde sondear ahora el tema de la misión, enmarcada en nuestro carisma propio; de una misión que personas con vocaciones distintas (religiosos, seculares, sacerdotes, etc.), pero animadas por el mismo carisma, están llamadas a realizar en comunión.

Antes de hablar de compartir carisma y misión o si preferimos de la comunión en el carisma, es muy conveniente aclarar los significados de las palabras carisma y misión, así como conocer lo mejor posible cuál es nuestro carisma y cuál nuestra misión, a partir de la experiencia del Espíritu vivida por el Padre Coindre y transmitida a sus discípulos a lo largo de la historia de nuestro instituto. Que de esta manera lleguemos a amar más nuestra vocación y la vivamos en fidelidad a Cristo, es decir, en fidelidad dinámica al carisma recibido del Espíritu.

Es posible que ustedes encuentren aquí ideas que ya he expresado en las circulares anteriores. Dicen que los buenos escritores no escriben sino un solo libro y se repiten en los otros. Si eso es cierto para los que son buenos, debe serlo también para mí, sin duda alguna. En fin, hermanos, me atrevo

INTRODUCCIÓN

a presentar mis reflexiones consciente de mis limitaciones y convencido de su comprensión fraterna. Les agradezco sinceramente.

El fuego
del
carisma

El fuego del carisma

CAPÍTULO I

El carisma,
don para el servicio

CAPÍTULO I.

El carisma, don para el servicio

¿Por qué hablar del carisma?

¿Por qué hablar primero del carisma y no abordar directamente el tema de la misión? Ésta, por sí sola, daría para escribir muchas páginas. Pero no podemos hablar de la misión sin hablar del carisma, porque los dos van íntimamente unidos.

En efecto, nuestra misión de hoy deriva de la iniciada hace ya casi dos siglos por el Padre Andrés Coindre; ella es parte integrante de la gracia o carisma que el Espíritu otorgó a nuestro fundador y que sus discípulos no hemos dejado de recibir y de hacer fructificar hasta nuestros días. La misión es un servicio y se integra en el don global que llamamos carisma. El carisma, en consecuencia, es la gracia que impulsa la misión e incluye la misión en sí misma.

Otro motivo para comenzar hablando del carisma es que la vivencia del mismo, su profundización y desarrollo exigen una actualización permanente de la misión de la vida religiosa, que es el servicio a la Iglesia y al mundo. Dicha adaptación, indispensable también para asegurar el futuro de la vida religiosa, consiste en dar respuestas nuevas y válidas en todo momento a las nuevas necesidades de cada tiempo y lugar.

A propósito de respuestas válidas, hace algún tiempo leí la siguiente anécdota. Un piloto de avioneta tuvo una avería sobrevolando la selva. El aparato cayó y el hombre quedó colgando de la copa de un árbol.

- ¿Dónde estoy? -le preguntó el piloto a un hermano que pasaba por allá.

- En la copa de un árbol -le respondió.

- ¿Es usted un religioso consagrado?
- Sí, por supuesto. ¿Cómo lo ha sabido usted?

- Porque ustedes, los hermanos, están acostumbrados a decir grandes verdades que, luego, sirven de muy poco -sentenció el accidentado en un tono de reproche.

Hermanos, perdonen esta pequeña historia; no quiere ser hiriente sino solamente pedagógica.

Respuestas nuevas y válidas, renovación y adaptación, volver a las fuentes, refundación, encarnación del carisma... ¿No llevamos mucho tiempo hablando de lo mismo? ¿No debiéramos pasar página? Yo creo que no, ya que la vida cristiana y la vida religiosa son asunto de amor. De un Amor que pregunta todos los días: "¿Es verdad que me quieres?" De un amor, siempre renovado, que responde: "Mi Amor, tú sabes que te amo".

Atravesar una gran cordillera, como la de los Andes, requiere caminar durante varios días. La experiencia es maravillosa por la variedad de climas, de vegetación, de paisajes, por las montañas de nieves perpetuas, por los profundos valles, por los páramos con abundantes reservas de agua. Pero sobre todo por el encuentro con la gente sencilla y acogedora que vive en esos lugares. Pero la aventura es también exigente, pues cada día hay que tomar la decisión de reemprender la marcha a pesar de la fatiga. Así sucede también en la vida cristiana y religiosa, en las que cada mañana tenemos el reto de avanzar con un entusiasmo renovado.

No basta decir sí a Cristo una vez en la vida; cada día hay que renovar dicho sí. De la misma manera, la vitalidad de un instituto de vida religiosa requiere que cada uno de sus miembros y cada una de sus comunidades renueven diariamente su compromiso por vivir el carisma, alma y razón de ser del instituto. En la vida religiosa de hoy y en la de siempre no necesitamos tanto de novedad cuanto de fidelidad dinámica al carisma.

El carisma en el lenguaje común y religioso

La palabra carisma proviene del griego *kharisma* (χαρισμα), que significa gracia, don, favor. Se encuentra en el Nuevo Testamento, especialmente en las cartas de San Pablo. Tras haber sido utilizado primero en el lenguaje teológico, ha pasado recientemente al uso corriente. Se emplea, por ejemplo, para expresar la fascinación, el ascendiente o el magnetismo que alguien ejerce sobre los demás. Una persona carismática sabe suscitar y mantener el interés, tanto por lo que dice o hace como por su forma de hablar y de obrar.

En el lenguaje teológico se entiende por carisma, en sentido amplio, todo don de Dios. El significado que daré en estas páginas a la palabra carisma es el que se encuentra en las cartas de San Pablo: el don o los dones gratuitos del Espíritu Santo a una persona para el bien de la comunidad. En Palabras del Apóstol de los gentiles, el carisma es “la manifestación del Espíritu Santo para el bien común” (1 Co 12, 7).

Hay multiplicidad de carismas: sabiduría, ciencia, fe, don de curación, poder de hacer milagros, profecía, discernimiento de espíritus, don de lenguas, don de interpretarlas, etc. (cf. 1 Co 12, 8-11).

La persona que recibe los carismas no los recibe para ella misma sino para la edificación del Cuerpo de Cristo que es la Iglesia o, en otras palabras, para construir el Reino o comunidad de quienes viven los valores del Evangelio.

El carisma en la vida religiosa

El Concilio Vaticano II afirmó que la vida consagrada no pertenece a la estructura jerárquica de la Iglesia sino que es un don divino que concierne a su vida y santidad y, por lo tanto, a su naturaleza sacramental más honda, a su esencia generada por la iniciativa libre del Espíritu (cf. *Lumen Gentium*, §§ 43-45).

El Concilio no empleó la palabra carisma al referirse a la vida religiosa. No obstante, en la constitución dogmática *Lumen Gentium* y en el decreto *Perfectae Caritatis* aparece claramente el carácter carismático de este estado de vida. Este decreto afirmaba que “La adecuada renovación de la vida religiosa comprende, a la vez, un retorno constante a las fuentes de toda vida cristiana y a la primigenia inspiración de los institutos y una adaptación de éstos a las cambiantes condiciones de los tiempos” (§ 2).

Las expresiones “carisma de vuestros fundadores” y “carisma de la vida religiosa” aparecen por primera vez en la exhortación apostólica *Evangelica Testificatio*, publicada en 1971 para aplicar las enseñanzas del Concilio a la renovación de la vida religiosa. En ella leemos:

Sólo así (por la unión entre contemplación y apostolado) podréis despertar de nuevo los corazones a la verdad y al amor divino, según el carisma de vuestros fundadores, suscitados por Dios en su Iglesia. No de otra manera insiste justamente el Concilio sobre la obligación, para religiosos y religiosas, de ser fieles al espíritu de sus fundadores, a sus intenciones evangélicas, al ejemplo de su santidad, poniendo en esto uno de los principios de la renovación en curso y uno de los criterios más seguros para aquello que cada instituto debería emprender (cf. *Lumen Gentium*, § 45 y *Perfectae Caritatis*, § 2). El carisma de la vida religiosa, en realidad, lejos de ser un impulso nacido “de la carne y de la sangre” (Jn 1, 13), u originado por una mentalidad que “se conforma al mundo presente” (Rm 12, 2), es el fruto del Espíritu Santo que actúa siempre en la Iglesia (§ 11).

Este texto, aunque pueda parecer antiguo, es de toda actualidad. Observamos que habla no sólo del carisma de los fundadores sino también del carisma de la vida religiosa. Los dos han sido suscitados por Dios a través del Espíritu, que actúa siempre en su Iglesia.

Para entender bien esta citación de *Evangelica Testificatio* es necesario tener en cuenta el parágrafo que la precede (§ 10). En él se insiste en la necesidad de que los religiosos y las religiosas busquen al Señor más que a cualquier otra cosa, uniendo contemplación y apostolado. Por la contemplación amorosa se adhieren a Él con todo el corazón y con toda el alma; por el amor apostólico se asocian a la Redención y a la extensión del Reino (cf. *Evangelica Testificatio*, § 10 y R 177).

Entonces, el mensaje del número 11 de *Evangélica Testificatio* es que la unión entre contemplación y acción es indispensable para la renovación de la vida religiosa que consiste principalmente, cito de nuevo, en “despertar de nuevo los corazones a la verdad y al amor divino, según el carisma de vuestros fundadores”. Se trata, por lo tanto, empleando un verbo que se empezó a utilizar dos décadas después, de refundar la vida religiosa de cada instituto a la luz del carisma de su fundador. Y ello implica ser fieles a su espíritu, a sus intenciones evangélicas y al ejemplo de su santidad.

Hacemos notar que dice “los corazones” y no la mente. Como afirma San Ignacio, “no el mucho saber harta y satisface el alma, sino el sentir y gustar las cosas internamente” (*Ejercicios espirituales*, 2). Por supuesto que es necesario el conocimiento, pero no se trata principalmente de llenar la mente de conocimientos teóricos. Para despertar los corazones a la verdad y al amor divino, sólo sirve el conocimiento que lleva al amor.

Unos fundadores y fundadoras de institutos de vida religiosa tuvieron amplios conocimientos, otros menos. Pero todos ellos fueron hombres y mujeres de gran corazón. Basta mirar a nuestro amado fundador, el Padre Andrés Coindre, y a tantos hermanos que, como Javier y Policarpo, siguieron sus huellas y son para nosotros un ejemplo perenne.

El fuego del carisma

CAPÍTULO II

El carisma de los fundadores

CAPÍTULO II.

El carisma de los fundadores

En este capítulo presentaré el carisma de los fundadores y en el siguiente hablaré específicamente del carisma de nuestro fundador.

El carisma es un don...

El documento *Mutuae Relationes* definió por primera vez el carisma de los fundadores. Dicho documento fue publicado en el año de 1978 por la entonces llamada Sagrada Congregación para los Religiosos e Institutos seculares. En él leemos:

“El carisma mismo de los Fundadores se revela como una experiencia del Espíritu (cf. *Evangeli Nuntiandi*, §11), transmitida a los propios discípulos para ser por ellos vivida, custodiada, profundizada y desarrollada constantemente en sintonía con el Cuerpo de Cristo en crecimiento perenne. Por eso la Iglesia defiende y sostiene la índole propia de los diversos Institutos religiosos (LG 44)

La índole propia lleva además consigo, un estilo particular de santificación y apostolado que va creando una tradición típica cuyos elementos objetivos pueden ser fácilmente individuados.

Es necesario por lo mismo que en las actuales circunstancias de evolución cultural y de renovación eclesial, la identidad de cada Instituto sea asegurada de tal manera que pueda evitarse el peligro de la imprecisión con que los religiosos sin tener suficientemente en cuenta el modo de actuar propio de su índole, se insertan en la vida de la Iglesia de manera vaga y ambigua” (*Mutuae Relationes*, § 11).

... espiritual y gratuito

Varios aspectos saltan a la vista al leer con atención el texto anterior. En primer lugar, que por carisma de los fundadores se entiende la experiencia del Espíritu que ellos vivieron y que se transmitió después a los propios discípulos. Dicha experiencia se caracteriza por su forma de ver y de vivir un aspecto particular del misterio de Cristo. Puesto que se define como una experiencia del Espíritu, el carisma es un don espiritual y gratuito que no proviene de las capacidades humanas.

Subrayamos de nuevo que el carisma no es un mero conocimiento intelectual ni tampoco un simple sentimiento filantrópico que impulse a realizar una obra social. Como dice el documento citado, el carisma es una experiencia, es decir, una vivencia, una realidad que la persona vive intensamente con todas y cada una de las dimensiones de su ser; esto es, con su cuerpo, corazón, alma y espíritu.

... personal y colectivo

Vemos en el texto citado que el Espíritu otorga el carisma a los fundadores y, después, a cada uno de sus discípulos inmediatos y de todos los tiempos. El carisma del fundador no es, por lo tanto, un mero recuerdo histórico con cierto tono sentimental y romántico, sino que el Espíritu Santo lo va haciendo cada día presente a lo largo de la historia del instituto, otorgándolo a cada uno de sus miembros.

El carisma de un instituto es la forma concreta como sus miembros viven el carisma del fundador. Se puede definir también como el don particular que cada uno de los miembros del instituto recibe del Espíritu Santo para realizar una misión específica al servicio de la Iglesia y del mundo. Dicha misión se realiza por el cumplimiento de una función importante que llamamos ministerio.

El carisma es, por lo tanto, un don personal y colectivo. Es personal porque es una gracia particular que el Espíritu Santo concede a una persona, el fundador, para una misión particular en la Iglesia. Es también colectivo porque es propio del grupo de personas que se sienten identificadas con el fundador para la realización de un proyecto de vida.

... siempre vivo

Nos detenemos ahora en la que, en mi opinión, es la idea fundamental de la citación tomada de *Mutuæ Relationes*: “El ‘carisma’ mismo de los Fundadores se revela como una ‘experiencia del Espíritu’ transmitida a los propios discípulos para ser por ellos vivida, custodiada, profundizada y desarrollada constantemente en sintonía con el Cuerpo de Cristo en crecimiento perenne” (§ 11).

El carisma del fundador es una experiencia del Espíritu con vistas a una fundación. Por lo tanto, dicho carisma no comprende todas las gracias del fundador, sino sólo las que ellos vivieron y que, después, se transmitirán a los miembros de la familia religiosa por ellos fundada.

Insisto aquí en que el carisma es una realidad que se vive y se guarda como un precioso tesoro, pues se trata de una experiencia que da sentido pleno a la existencia, es decir, que permite vivir con una gran satisfacción, a pesar de las dificultades inherentes a la vida.

... eclesial

El texto que estamos comentando afirma que el carisma se vive, se custodia, se profundiza y se desarrolla “en sintonía con el Cuerpo de Cristo”, es decir, en comunión con la Iglesia. El carisma se vive con un profundo amor a la Iglesia; sólo puede ser entendido y justificado en la Iglesia, para la Iglesia y desde la Iglesia. Es ésta la que confirma los diversos

carismas, esto es, la que los aprueba, pronunciándose sobre su autenticidad.

Los carismas son dones para el servicio, y la finalidad última de todo servicio evangélico es la formación de la comunidad del Reino, donde todas las personas puedan vivir dignamente como hijos de Dios y como hermanos. Ahora bien, la Iglesia es sacramento de dicho Reino. El carisma tiene, pues, una dimensión eclesial porque, a través de la persona del fundador y de sus seguidores, se ofrece a toda la Iglesia para su común utilidad, crecimiento y perfeccionamiento.

... para un servicio

La “experiencia del Espíritu” que vive el fundador consiste en una adhesión profunda a la persona de Cristo, al ser seducido por algún aspecto particular de su misterio. Dicho aspecto puede ser la compasión, la misericordia, la pobreza, su obediencia al Padre, su intimidad con Él en la oración, etc.

La adhesión íntima a la persona de Jesús por parte del fundador se traduce, al mismo tiempo, en su profundo amor al Padre y a todos sus amados hijos. Y el amor a éstos hace que el fundador viva estrechamente unido a ellos, descubra alguna de sus grandes necesidades, sienta un fuerte impulso interior para responder a ellas y, lleno de creatividad, de audacia y de tenacidad, emprenda alguna obra concreta con ese fin. La necesidad puede ser una notoria pobreza espiritual o material, la falta de educación, la ausencia de cuidados adecuados de salud física o mental, etc.

Dicho de otro modo, la dura realidad que el fundador descubre se ilumina por una lectura concreta del Evangelio que subraya algunos rasgos particulares de la persona de Cristo. Y del binomio Evangelio-realidad surge un servicio apostólico en beneficio de la Iglesia y de la humanidad, que se consolida en la vida de la comunidad religiosa.

... *dinámico*

El carisma es una energía que brota del Espíritu, una fuerza de vida destinada a comunicarse. De otra manera, el carisma no es algo estático sino dinámico. Así entendemos la expresión de *Mutuæ Relationes* “experiencia... profundizada y desarrollada constantemente”. Siempre es posible vivir el carisma con mayor profundidad o intensidad. Siempre es posible desarrollarlo, vivirlo con mayor radicalidad y responder desde él a las nuevas situaciones con nuevas respuestas.

El carisma no se identifica, por lo tanto, con la obra del fundador, que respondía a las necesidades de su tiempo y lugar; más bien es un don siempre vivo, el aliento del Espíritu creador desde el que se intentan dar respuestas apropiadas a las necesidades de aquí y de ahora.

No debemos concebir el carisma de fundación como un impulso del pasado que mantiene el movimiento de la familia religiosa en el presente. “No, la gracia del carisma de fundación es siempre nueva y se nos da a todos los Hermanos del Instituto, no a título individual, sino en la medida en la que estamos unidos unos a otros” (Sanctorum, René. *El carisma del Padre André Coindre, nuestro Fundador*, Alex, Francia, 18 de junio de 1995. Archivos generales de los Hermanos del Sagrado Corazón, J14.352.02c).

... *que determina la índole de un instituto*

El carisma es la forma que tiene cada instituto religioso de seguir a Jesucristo; ésta incluye los principios comunes de vida cristiana que todos los fieles están llamados a vivir y los aspectos específicos que caracterizan a cada familia religiosa.

Del texto tomado de *Mutuæ Relationes* se desprende también que el carisma del fundador determina la índole o

naturaleza propia de cada instituto, esto es, sus elementos constitutivos, ya sea su modo de vida, la forma de vivir los consejos evangélicos o su “estilo particular de santificación y apostolado”. El carisma implica, al mismo tiempo, la finalidad específica del instituto y el estilo de la vida espiritual, humana y social de las personas consagradas.

Podemos comparar el carisma de un instituto de vida religiosa con el código genético o ADN de una persona. Así como éste contiene todas las características de un individuo, el carisma de un instituto encierra los elementos que definen su identidad propia. En esa identidad se incluyen el patrimonio espiritual del pasado e igualmente el del presente, pues, como hemos indicado antes, el carisma no es algo estático sino que está en continuo desarrollo.

Finalmente, es muy importante que cada instituto preserve su propia identidad. La comunidad cristiana se empobrecería si el instituto la perdiera, pues éste, despojado de su razón de ser, no aportaría nada específico ni a la Iglesia ni al mundo.

Dimensiones del carisma

Hace años, en un encuentro de religiosos y religiosas, oí, más o menos, el siguiente diálogo:

- “¿Cuál es el carisma de tu instituto? - preguntaba una religiosa a otra.

- Bueno, no es fácil expresarlo -respondía la segunda.

- El nuestro es muy sencillo: la educación” -afirmaba muy segura la que había iniciado la conversación.

Tras escuchar este diálogo no pocas preguntas fueron surgiendo en mi mente. ¿Es la educación un carisma? ¿O es una misión? ¿O es simplemente, una función, un servicio? ¿Es tan sencillo definir el carisma de un instituto? ¿Se puede reducir el carisma a la misión? ...

De lo que venimos diciendo en este capítulo, podemos deducir que la educación, en sí misma, no puede ser considerada como un carisma. En efecto, no es necesario recibir un don especial del Espíritu para ser educador. Más adelante, cuando toquemos el tema de la misión, veremos que tampoco la educación, por sí sola, es una misión. Finalmente, no podemos asimilar el carisma a la misión.

El carisma del fundador y, en consecuencia, el que se transmite después a sus discípulos, tiene tres dimensiones:

- La forma particular que el fundador tiene de relacionarse íntimamente con Dios; ésta nace de la fascinación que siente por la persona de Cristo, al sentirse atraído por algún aspecto particular de su misterio. Esta relación especial con Dios se manifiesta, a la vez, en todas sus relaciones con sus semejantes, anima y motiva toda su actividad. A dicha relación especial llamamos *espiritualidad*.

- La vida fraterna en comunidad compartiendo con sus hermanos la riqueza de seguir a Cristo, tratando de llevar su propio estilo de vida. Es la dimensión de la *fraternidad*.

- La respuesta a las necesidades de sus contemporáneos que se origina en su deseo de identificarse con Cristo, que no vino a este mundo a ser servido sino a servir. Es el ámbito de la *misión*.

Espiritualidad, fraternidad y misión son tres dimensiones de esa única realidad que llamamos carisma. Al hacer esta afirmación no desconozco que de acuerdo con la Exhortación Apostólica *Vita consecrata* y con nuestra Regla de vida las dimensiones fundamentales de la vida religiosa son la consagración, la fraternidad y la misión. Sin embargo, prefiero mantener el esquema de la ordenanza de nuestro último capítulo general. Subrayo de esta manera que nuestra relación con el Señor (la espiritualidad) es como un perfume que da un buen olor a toda nuestra existencia, es decir, a nuestra forma de ser, de relacionarnos y de actuar.

Podemos afirmar que espiritualidad y consagración son nociones relacionadas. En efecto, la espiritualidad, es decir, la especial relación con el Dios-Amor, que el Espíritu nos hace conocer sobre todo en Jesús, nos impulsa a a consagrarnos a Dios con todo lo que somos y tenemos.

Cada una de las tres dimensiones -espiritualidad, fraternidad, misión - da vida a las otras dos y es animada por ellas. Podemos compararlas con la cabeza, el corazón y los pulmones en el cuerpo humano. Cada uno de estos tres órganos depende de los otros. Del mismo modo, cada una de las dimensiones del carisma alienta a las otras dos y, a la vez, es animada por ellas. Las tres son complementarias e interdependientes, por lo que el equilibrio entre ellas es indispensable para llevar una vida religiosa auténtica y verdaderamente profética.

El fuego del carisma

CAPÍTULO III

**Carisma del padre Andrés
Coindre, carisma del instituto**

CAPÍTULO III.

Carisma del padre Andrés Coindre, carisma del instituto

Toda persona tiene una identidad, unos rasgos externos y una forma de ser que la caracterizan. En ocasiones no reconocemos fácilmente a quienes hemos visto en el pasado, pues el aspecto externo cambia mucho con el tiempo. En otras ocasiones es su presentación la que varía. Es el caso de una joven señora que todos los días acompañaba a su hijo al colegio y que venía siempre muy bien presentada. Yo la veía frecuentemente de mañana y la saludaba al pasar. En cierta ocasión no me di cuenta de su presencia y ella me dijo: ¿“Ya no saluda”? Me di la vuelta y, como la vi con un aspecto diferente, le dije: “Señora, ¿es usted la misma de ayer?”. En fin, en esta época de la estética y la cosmética todo es posible. Con todo el respeto que me merecen las señoras y señoritas, me atrevo a recordar la recomendación que Cipriano de Cartago les hacía con humor: “No se maquillen demasiado, pues correrán el riesgo de que el Señor no las reconozca en el momento de entrar al cielo”.

El carisma no es algo superficial. Al contrario, comprende las gracias que determinan la identidad profunda del fundador, como fundador, y que recibirán después cada uno de sus discípulos al congregarse en un instituto para la realización de un determinado proyecto. Sabemos que la apropiación de dicha identidad es una tarea larga. No obstante, en este capítulo vamos a tratar de aproximarnos al carisma de Andrés Coindre y del instituto para ser un poco más conscientes de lo que somos y estamos llamados a ser.

El carisma del Padre Andrés Coindre

“¿Cómo puede uno nacer siendo ya viejo?... En verdad, en verdad te digo: el que no nazca de agua y de Espíritu no puede entrar en el Reino de Dios”

(Jn 3, 4-5)

No soy un especialista en vida religiosa ni en el carisma de nuestro fundador. Por lo tanto, no me siento seguro al pisar estos terrenos. Me he aventurado a entrar en ellos apoyado, sobre todo, en algunos documentos que he encontrado en nuestros archivos generales, escritos por hermanos que conocen más el tema. Dichos hermanos, a partir del comienzo de los años noventa, han prestado sus servicios en el Centro Internacional André Coindre (CIAC), sobre los lugares mismos de la fundación; han vivido la experiencia del fundador y han tratado de difundirla a través de sus búsquedas acerca de nuestros orígenes, de publicaciones, de conferencias, de retiros, de sesiones, etc.

Quiero rendirles homenaje y expresarles mi profunda gratitud. Les ruego me disculpen si, debido a mi limitación, no alcanzo a expresar con precisión y claridad sus enseñanzas y lo esencial del tema de estudio. Estoy seguro igualmente de su indulgencia si no logro transmitir suficientemente la llama del fuego del Padre Coindre y de todo lo que a él se refiere.

Conducido por el Espíritu

Un carisma personal del Padre Coindre era la predicación. Entonces, ¿cómo se explica que acabe fundando dos institutos, uno de religiosas y otro de religiosos, dedicados a la educación de niños, niñas y jóvenes?

Trataré de esbozar una respuesta. Decíamos antes que el carisma es una experiencia del Espíritu. Pues bien. En el día a día de su peregrinar, el Padre Coindre se deja conducir por Él. El Espíritu le hace descubrir un día tras otro, cada vez con más claridad, el Corazón de Dios y, al contemplarlo, se va encendiendo un fuego de amor creciente en su propio corazón. Dicho fuego le impulsa a ser todo para Él y para los niños y jóvenes que encuentra en las cárceles y en las calles de Lyon; poco después incluirá también en su plan a los niños y jóvenes del medio rural.

La obra del Señor

Sabemos que el grupo de hermanos de Valbenoite abandona el instituto a los pocos meses de su fundación para seguir la voluntad de su párroco. Asimismo conocemos el ingente esfuerzo del Padre Coindre por organizar en Monistrol un centro de formación para los sacerdotes Misioneros del Sagrado Corazón y para los Hermanos. Este proyecto fracasó también muy pronto, debido a que el Sr. Obispo de la diócesis fue retirando de allí a los sacerdotes formadores, uno tras otro, para destinarlos a nuevos servicios.

La sorprendente serenidad con que el Padre Coindre acepta uno y otro revés, es un signo evidente de su docilidad al Espíritu y de su confianza en Dios. Él está convencido de ser un simple obrero que trabaja en la viña del Señor y de que la obra de Dios se va a realizar de una u otra manera.

Dimensiones del carisma

Hemos visto antes que el carisma del fundador aparece “como una experiencia del Espíritu, transmitida a los propios discípulos” (*Mutuae Relationes*, §11). Se trata del don del Espíritu al fundador para que viva dicha experiencia y, posteriormente, de un don a los discípulos para una vivencia

análoga. Entonces, carisma del fundador y carisma del instituto están íntimamente relacionados. Por eso me permitiré tratarlos conjuntamente en este apartado, presentando muy brevemente sus dimensiones.

Espiritualidad

"El Corazón de Jesús palpita por vosotros con amor y ternura."

(Traducido de *Notes de prédication du Père André Coindre (1787-1826)*, Roma, 1963, p. 52)

La espiritualidad del Padre Coindre brota de la contemplación del costado abierto de Jesús, expresión sublime del amor compasivo, tierno y misericordioso del Corazón de Dios.

El Padre Coindre es un hombre de corazón bueno y compasivo. El hermano Jesús Ortigosa afirma que, "en sus cartas al hermano Borgia, el Padre Andrés Coindre aparece como el mejor de los padres y el más benévolo de los hombres; como un ser animado de una fe profunda y dotado de una mirada realista, pero positiva y llena de confianza en las personas. Se podría decir del Padre Andrés con respecto a sus Hermanos: 'una madre no tiene más ternura por sus hijos'" (ORTIGOSA, Jesús, *La solicitud, el cariño y el amor del Padre André Coindre por sus Hermanos*, Lyon, 19 mayo 1998, p. 12. Archivos generales de los Hermanos del Sagrado Corazón, Roma, J14.373.1).

En las cartas del Padre Coindre al hermano Borgia se deja traslucir la espiritualidad del costado abierto. Dice el hermano René Sanctorum: "En esta correspondencia constatamos que nuestro Padre Fundador tenía el corazón abierto a todos, que se alegraba con las alegrías de cada uno y se entristecía con sus penas, que exhortaba y animaba sin cesar, que invitaba a la mansedumbre, a la paciencia y a la cordialidad" (SANCTORUM, René, *El carisma del Padre André Coindre, nuestro Fundador*,

Alex, 18 de junio de 1995, p. 6. Archivos generales de los Hermanos del Sagrado Corazón, Roma, J14.352.02c).

De modo semejante que en nuestro fundador, la espiritualidad del instituto brota de la contemplación del Crucificado con su corazón abierto, que manifiesta el amor de Dios a los hombres. Toda la vida del hermano es una correspondencia a dicho amor en la identificación con Cristo manso y humilde (cf. R 14), en el amor a los hermanos (cf. R 15) y a todos los hombres (cf. R 16). Por lo tanto, el carisma no es en primer lugar una misión que se concreta en una obra educativa o de caridad. Es una mirada a Cristo, centrada en su costado abierto, y una vida como testigos de esta contemplación.

Fraternidad

*“Que los hermanos no manifiesten ninguna predilección en su trabajo; la mayor desgracia sería la desunión.”
(André Coindre, Escritos y Documentos, 1, Cartas 1821-1826, Carta no III, p. 61)*

En septiembre de 1821 el Padre Coindre realiza un retiro comunitario con quienes al final del mismo van a ser los primeros hermanos del instituto al emitir votos privados. Esto prueba que nuestro carisma incluye, desde sus orígenes, la dimensión comunitaria. Nuestro fundador quiso desde el principio que los hermanos fueran hermanos. Podría haberlos destinado a ayudar a los sacerdotes misioneros como hermanos coadjutores. Pero ese no fue su deseo. Sus cartas manifiestan una preocupación continua por la unidad de los hermanos y por la sencillez en sus relaciones. En la undécima y en la vigesimotercera se muestra muy opuesto a enviar hermanos a alguna obra apostólica si no se asegura que van a poder vivir en comunidad.

Nuestro instituto pone el acento en la vida fraterna de los hermanos, hecha de sencillez, de acogida, de espíritu de familia,

de relaciones cercanas entre todos, independientemente de la responsabilidad que cada uno desempeña (cf. R 15).

Misión

“Los que instruyen a otros brillarán como estrellas por toda la eternidad”, dice el profeta”.
(André Coindre, *Escritos y Documentos, 1, Cartas 1821-1826*, Carta no VII, p. 85)

La escucha del Espíritu por parte de Andrés Coindre se manifiesta en su atención a las necesidades. Por eso fija su mirada en los niños y jóvenes abandonados de Lyon y, después, en los del medio rural. De esta manera se va haciendo realidad la dimensión misionera del carisma. El hermano René Sanctorum escribe sobre este particular: “Una tarea de formación y promoción humana, destinada preferentemente a los jóvenes más pobres (abandonados, huérfanos, indigentes, delincuentes, analfabetos) en la perspectiva de una evangelización. La perspectiva es esta: formación humana para, y de una cierta forma por la evangelización, permaneciendo ambos aspectos estrechamente unidos” (Traducido de SANCTORUM, René. *La nouvelle évangélisation et le charisme de fondation du Père André Coindre*. Lyon, Francia, 5 de diciembre de 1997, pp. 11-12. Archivos generales de los Hermanos del Sagrado Corazón, Roma, J14.352.05a).

En el próximo capítulo desarrollaremos el tema de la misión del instituto. La encontramos resumida en el artículo 13 de nuestra Regla de vida. Todo comienza por el conocimiento del amor de Dios, es decir, por la espiritualidad. Por supuesto que no se trata de un conocimiento simplemente intelectual sino de la huella que va dejando la vivencia de nuestra íntima relación con Él. Esta vivencia llena completamente nuestra vida, es más grande que nosotros, no nos la podemos guardar y, por lo tanto, nos sentimos impulsados a comunicarla a los

demás. Los hermanos la transmitimos, principalmente, por nuestro servicio de promoción humana en el ámbito de la educación con vistas a la evangelización.

Al tratar el tema de la misión tendremos oportunidad de explicar que la sola práctica de la caridad por la prestación de dicho servicio es ya, en sí misma, evangelización. Por supuesto que nuestra misión incluye también el compromiso de formar en nuestro lugar de apostolado una comunidad cristiana que vive el Evangelio de Jesús.

Identidad propia

El Padre Coindre intuía de alguna manera que su familia religiosa naciente tenía un carisma particular, una identidad propia y, por lo tanto, una riqueza específica que aportar a la sociedad y a la Iglesia de su tiempo. Por eso que se opone firmemente a la fusión de nuestro instituto con el de los Hermanos Maristas. Esa era la intención del Señor Cattet, uno de los vicarios de la diócesis de Lyon. En el comienzo de la última carta que poseemos de él, el Padre Coindre reprocha el propósito del vicario con estas palabras: “Pensar en semejantes fusiones es conocer muy poco a los hombres y a las obras de Dios. Es como si se quisiera fundir todas las familias para no formar sino una, todos los estados para no hacer mas que uno” (*André Coindre, Escritos y Documentos, 1, Cartas 1821-1826, Carta no XXIII, p. 144*).

Vida unificada

Como hemos visto ya, cada una de las dimensiones del carisma - espiritualidad, fraternidad, misión - impulsa a las otras dos y, a la vez, es animada por ellas. No existe una auténtica misión sin espiritualidad y vida comunitaria. La obra del Padre Coindre a favor de la juventud abandonada nace de

su espiritualidad de la compasión y de su vida comunitaria con los Misioneros de la Cruz de Jesús (de los Cartujos). Es por eso que la fundación del instituto no consiste simplemente en la agrupación de unos hombres que se proponen realizar una tarea humanitaria a favor de los jóvenes abandonados.

Institucionalización del carisma

Adaptando la primera fase del Génesis a nuestro asunto podríamos decir que “en el principio existía el carisma”. Un carisma que debe perdurar. Para asegurar el futuro del carisma, el Padre Coindre empieza a crear en seguida toda una organización. Esta comprende una autoridad que favorezca la unidad del grupo y su fidelidad a la idea original, una regla que exprese la manera de vivir el carisma, la fundación de obras para afirmar la actividad apostólica con una buena infraestructura y organización, etc.

A medida que el tiempo transcurre, el riesgo de los institutos es la pérdida del carisma. Entonces las estructuras quedan como cuerpos sin alma. El peligro es que quienes ejercen la autoridad se reduzcan a ser meros funcionarios; que la regla acabe siendo letra muerta; que de la actividad apostólica sólo quede la eficacia y el rendimiento, con el único objetivo de ayudar a triunfar individualmente en la vida, aunque sea sobre las espaldas de los demás. El peligro, en síntesis, es que del carisma que animó los comienzos no quede casi ni el recuerdo.

El carisma sigue vivo

Hemos de buscar nuestro carisma de instituto no sólo mirando directamente al Padre Coindre sino también prestando atención a la historia del instituto, especialmente a sus momentos claves como la elección del hermano Policarpo como Superior general, la decisión de éste de enviar hermanos

a América, la disolución del instituto en Francia en el año 1903, la admirable expansión misionera del mismo en el siglo XX, etc.

Para que el carisma se continúe, hemos de estar muy atentos al Espíritu en todo momento y lugar. Esa fue la disposición permanente del Hermano Policarpo. Después de su elección como superior general en 1841, emprendió iniciativas proféticas como la elaboración de las Reglas, la fundación de múltiples escuelas y la fundación en América. Dichas iniciativas y otras nos dan pie para poder decir que nuestro Venerable Hermano es un fiel continuador de la obra del fundador.

Apoyado en estos hechos el Hermano Jesús Ortigosa nos dice: "Lo que dijo e hizo el Hno. Policarpo nos interpela también a nosotros hoy y nos remite al carisma de origen de nuestra Congregación. Su veneración hacia el Padre André Coindre es patente. Como legislador, como fundador de nuevas escuelas y como impulsor de nuestras obras en los Estados Unidos de América, el Hno. Policarpo se mostró siempre fiel al carisma del Fundador y contribuyó decisivamente a que la gracia de nuestros orígenes se difundiera para el bien de los niños, de los jóvenes y de la Iglesia" (ORTIGOSA, Jesús. *El Hermano Policarpo y su fidelidad al carisma del Padre André Coindre*. Lyon-Roma, mayo - junio 2004, p. 5. Archivos generales de los Hermanos del Sagrado Corazón, Roma, J14.373. 2).

Los nuevos tiempos nos llaman a encarnar nuestro carisma con fe, con confianza, con disponibilidad, con fidelidad y audacia, dando las respuestas nuevas y válidas que la niñez, la juventud, la Iglesia y el mundo de hoy necesitan. Escribe el Hermano Jesús Ortigosa al respecto: "El fin del siglo XX es un tiempo en el que está puesto a prueba el futuro de los Hermanos del Sagrado Corazón como Congregación religiosa. Es un tiempo en el que Jesús nos llama a avivar nuestra fe y a tener confianza en Él. Hoy como ayer, el Padre André

Coindre nos invita a permanecer a la escucha, a proseguir la historia, a hacer nuestro camino, a tener valor, a hacer nuevos proyectos, a soñar, a luchar, a abrir nuevos caminos.» (ORTIGOSA, Jesús, *La solicitud, el cariño y el amor del Padre André Coindre por sus Hermanos*. Lyon, 19 de mayo de 1998, p. 14. Archivos generales de los Hermanos del Sagrado Corazón, Roma, J14.373.1).



CAPÍTULO IV
Nuestra misión

CAPÍTULO IV.

Nuestra misión

En este capítulo intentaré presentar nuestra misión de acuerdo con el carisma de nuestro fundador, teniendo como referencia sus escritos, la tradición del instituto y, de manera particular, nuestra Regla de vida.

Hace algún tiempo me decía un hermano que el capítulo de la Regla de vida sobre el apostolado es incompleto y no tiene toda la inspiración que sería deseable. La verdad es que el tema de la misión no se toca únicamente en dicho capítulo sino en alrededor de 60 de entre los 208 primeros artículos de la Regla. Como veremos, dicho tema se trata en ellos con suficiente extensión, profundidad y claridad.

Finalidad de la misión

Ayudar a descubrir el sentido de la vida

Hemos visto anteriormente que el carisma es un don del Espíritu a una persona determinada, o a cada una de las personas que tratan de llevar a cabo un proyecto común, para el servicio de la comunidad, esto es, de la Iglesia y del mundo. He afirmado también que dicho servicio consiste en responder a las necesidades de la gente; la respuesta, además, debe adaptarse siempre a las circunstancias de tiempo y lugar. ¿Cuáles son hoy estas necesidades?

Durante estos tres últimos años he realizado múltiples viajes para visitar nuestras comunidades. Es raro encontrar un aeropuerto casi vacío, como me ocurrió al llegar a Harare, capital de Zimbabwe, a principios del año 2009. Se acabaron los tiempos en que sólo unos pocos podían permitirse el lujo de viajar en avión. Por el contrario, miles de personas llenan ahora los terminales de transporte.

Cuando veo toda esa cantidad de personas en movimiento, pienso que la pasión que las mueve a viajar nace, tal vez, de su deseo de encontrar un sentido a su vida o de descubrir, en algún rincón del planeta, el paraíso que no hallan en su medio. Se trata, probablemente, de un viaje buscando un sentido y una felicidad que les son esquivos.

La mayor parte de los jóvenes de los países pobres no cuentan con posibilidades para vivir como corresponde a su dignidad de personas humanas. Se aferran a la vida y aspiran a ser algo en ella, pero, frecuentemente, carecen de los medios necesarios para alcanzar sus deseos. Por otra parte, sobre todo en los países desarrollados, muchos de ellos llevan una vida vacía de sentido. Algunos buscan a tientas un camino de realización y terminan cayendo en el abismo del alcoholismo, la drogadicción, el desorden sexual, etc. Es sintomático que en estos últimos países se da el más elevado porcentaje de suicidios entre los jóvenes.

A la vista de esta realidad, nuestra misión actual como cristianos y religiosos debe orientarse especialmente a que los hombres y las mujeres de nuestro mundo descubran el sentido de su vida: ayudarles a descubrir que su vida no es una pasión inútil, que tiene un gran valor, que están revestidos de una gran dignidad y llamados a algo grande.

La gente hace dicho descubrimiento cuando se siente valorada, apreciada, amada por alguien y cuando corresponde al afecto que recibe. Pero el amor humano ni es del todo seguro ni alcanza a colmar nuestra gran sed de amor. Prueba de ello es que todos los días y en repetidas ocasiones pregunta: "¿Es verdad que me amas?"

En el Dios de Jesús, el Cristo

Sólo al sabernos amados por Dios encontramos pleno sentido a nuestra vida. El Espíritu nos hace conocer este amor inmenso

y seguro, que nunca falla. Entonces vivimos la experiencia del amor sublime del Dios que día tras día camina a nuestro lado en nuestra peregrinación hacia la plena y dichosa comunión con Él.

Dios se nos ha dado a conocer sobre todo por medio de Cristo. Por eso decimos que en Él encontramos el sentido de nuestra vida. “Él es el camino, la verdad y la vida” (Jn 14, 5; cf. R 1). En el documento final de la conferencia de los obispos de América Latina y el Caribe realizada en mayo de 2007 en Aparecida, Brasil, leemos: “Conocer a Jesús es el mejor regalo que puede recibir cualquier persona; haberlo encontrado nosotros es lo mejor que nos ha ocurrido en la vida, y darlo a conocer con nuestra palabra y obras es nuestro gozo” (Aparecida, § 30).

Vivir la experiencia del encuentro con Dios en Cristo es indispensable para que pueda darse una verdadera misión (cf. R 2). En él conocemos al Dios compasivo, inclinado al pobre, que ama gratuitamente. Esta fue la experiencia de Pablo, el gran apóstol de los gentiles, quien decía: “Y no vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí” (Ga 2, 20). Todas sus cartas hablan de su amor a Cristo y de su identificación con Él.

Anunciar el Evangelio, que es Cristo mismo

Nuestra misión es anunciar el Evangelio, que es Cristo mismo. Nos lo confirma el documento de Aparecida:

La historia de la humanidad, a la que Dios nunca abandona, transcurre bajo su mirada compasiva. Dios ha amado tanto nuestro mundo que nos ha dado a su Hijo. Él anuncia la buena noticia del Reino a los pobres y a los pecadores. Por esto, nosotros, como discípulos de Jesús y misioneros, queremos y debemos proclamar el Evangelio, que es Cristo mismo. Anunciamos a nuestros pueblos que Dios nos ama, que su existencia no es una amenaza para el

hombre, que está cerca con el poder salvador y liberador de su Reino, que nos acompaña en la tribulación, que alienta incesantemente nuestra esperanza en medio de todas las pruebas (Aparecida, § 30).

Nuestra Regla de vida dice que nuestra misión consiste en difundir el amor de Dios (cf. R 13), propagar “en la tierra el fuego del Amor redentor cuya fuente es el Corazón de Cristo” (Decreto de Aprobación de la *Regla de vida*, p. 12), “recapitular todas las cosas en Cristo Jesús” (Ef 1, 10; cf. R 16), hacer realidad el *Ametur Cor Jesu* (cf. R 12), corresponder al amor de Jesús amando a nuestros hermanos y a los jóvenes que se nos confían (cf. R 118), hacer de la caridad la inspiración de nuestra “actividad apostólica y misionera” (cf. R 12 y 149), contribuir “a la misión educadora de la Iglesia, consistente en manifestar a la humanidad la presencia actual y efectiva del Verbo encarnado” (R 63). Son expresiones muy sencillas y de una gran riqueza. No puedo detenerme a admirar su profundidad y a degustar su sabor; les dejo a ustedes, hermanos, la tarea de hacerlo.

Construir el Reino

Nuestra misión es contribuir a la construcción del Reino de Dios (cf. R 1), que es “la unidad de todos los seres humanos en Cristo”¹. En otras palabras, se trata de cooperar para edificar un mundo de hermanos, una comunidad cada vez más amplia que viva los valores del Evangelio, es decir, los de Jesús mismo. Aquí radica, hermanos, la importancia de nuestra vida fraterna y de nuestra misión comunitaria. Ellas son signo de que la comunión es la vocación por antonomasia y de que la Iglesia es pueblo de Dios, comunidad; al mismo tiempo, favorecen la unidad de objetivos, poniendo los diferentes talentos al servicio del Evangelio.

¹ Traducido de RADCLIFFE, Timothy. *Je vous appelle amis*. Paris : Les Éditions du Cerf, 2001, p. 184.

La vivencia de la fraternidad requiere, entre otras cosas, valorar y reconocer a quienes están a nuestro lado. Recuerdo que un hermano, poco antes de su muerte, decía a otro: "Hermano, lo has hecho muy bien". Fueron de las últimas palabras que se le oyeron; no se trataba de una casualidad sino que resumen su forma de vivir y de relacionarse.

A la luz de lo que venimos diciendo comprendemos mejor la importancia de realizar nuestra misión en comunión con la Iglesia. La Regla de vida nos invita a ser muy deferentes con los pastores de la Iglesia, a seguir sus orientaciones (cf. R 8), a desarrollar nuestra acción apostólica de acuerdo con la pastoral de conjunto establecida por la iglesia local (cf. R 9) y a integrarnos a ella (cf. R 10).

Me parece oportuno subrayar aquí que realizamos nuestra misión en nombre de Dios y de la Iglesia. Como Pablo, somos simples instrumentos (cf. 1 Co 3, 6-7) que, confiando en el Dios fiel (cf. Rm 8, 31-32), animados por el amor de Cristo (cf. 2 Co 5, 14) y sostenidos por su gracia (cf. Flp 4, 13 y Rm 8, 26), cooperamos con alegría (cf. Flp 4,4) en la realización del proyecto de Dios.

Realizar la misión es ...

... cultivar la vida espiritual

Realizamos la misión en primer lugar por lo que somos y no solamente por lo que hacemos. La vida espiritual, que forma parte de nuestra identidad más profunda, es, a la vez, una forma fundamental de apostolado y el alimento indispensable para el mismo.

Por una parte, nuestro dinamismo apostólico nace, pues, de la espiritualidad, es decir, de nuestra relación íntima con el Señor, que da forma a todas nuestras relaciones y actividades; por otra, hablamos con Él de esas relaciones y actividades en

dicho intercambio íntimo. Este doble movimiento lo podemos expresar como el de la vida de oración y el de la oración de la vida. La oración es expresión del amor a Dios y al prójimo y este mismo amor nos hace “descubrir los caminos de la oración” (R 133).

Nuestra espiritualidad se centra en la contemplación del costado abierto de Cristo, puerta que nos permite entrever el inconmensurable amor del Corazón de Dios por nosotros. El Espíritu nos hace conocer este Amor y nos impulsa a corresponderle, esto es, a amar a Dios entregándonos a la misión en favor de nuestros semejantes; el mismo Espíritu nos sostiene en las dificultades apostólicas dándonos fe y confianza (cf. R 152); además, nos mueve a aceptar en espíritu de reparación “los sacrificios inherentes a nuestra vida de consagrados y apóstoles” (R 117).

Nuestra Regla de Vida podría resumirse en el siguiente esquema: los hermanos estamos unidos y consagrados en el corazón de Jesús para el servicio de la oración y del apostolado. La oración es, por lo tanto, un valioso servicio a la Iglesia y al mundo, comparable a las obras de apostolado más generosas.

Apostolado y oración van juntos. Nuestra Regla nos dice que en medio de las tareas apostólicas y de las dificultades “deberemos demostrar valor para sumergirnos en el silencio interior, retirarnos a la soledad y perseverar en la oración” (R 133). En otro artículo nos advierte que, para lograr la renovación de los jóvenes y su adhesión a la persona de Cristo, necesitamos de “una relación dinámica con el Señor y con los jóvenes” (R 158).

La celebración eucarística y la devoción a Jesús sacramentado son un alimento fundamental para que podamos emprender el apostolado y perseverar en él. El asociarnos en la eucaristía a Jesús, pan que se parte y se reparte, nos mueve a partírnos y repartírnos en el servicio de Dios y del prójimo (cf. R 24). Es

por eso que la capilla de nuestras casas es un lugar especial para ofrecer a Jesús nuestro apostolado y para rogarle por el fruto del mismo (cf. R 43).

... *dar testimonio*...

Hace años un presentador de televisión solía repetir que “una imagen vale más que mil palabras”. Esta frase vale perfectamente para nuestro apostolado. En efecto, el testimonio del celoso apóstol queda grabado como una imagen indeleble en la mente y en el corazón de quienes le rodean y es un estímulo permanente para su superación humana y espiritual.

Muchas anécdotas se podrían contar al respecto. Por ejemplo, después de 40 ó 50 años no pocas personas recuerdan todavía al hermano Ángel Moraza (Julián), uno de los fundadores de nuestras obras en Colombia. Era un hombre de gran sentido común, humano y espiritual, bueno, compasivo especialmente con los más pobres, con una cultura autodidacta envidiable, de espíritu fraterno... humilde. Había sido superior regional y a principios de los años 70 era el decano de su comunidad y el ecónomo de la misma y del colegio. Un antiguo alumno me recordaba cómo todas las mañanas, después de la oración y de la misa, justo en el momento en que las primeras personas comenzaban a llegar al colegio, bajaba al patio con escoba y pala para recoger los “regalos” que los perros habían dejado durante la noche.

Quien fue superior general de la Orden de los Dominicos escribía que “la vida apostólica no es tanto lo que hacemos sino lo que somos” ². En otras palabras, debemos ser palabra viva en lugar de limitarnos a decir palabras importantes. Reforzando la misma idea, la Regla de vida nos confirma que “los hermanos cumplen su misión por el ejemplo de su vida...”

² Traducido de RADCLIFFE, Timothy. *Je vous appelle amis*. Paris : Les Éditions du Cerf, 2001, p. 204.

(R 163; cf. R 18). En otro lugar señala que los hermanos ancianos y enfermos, por su unión al Corazón de Jesús que sufre, por su serenidad y valor ante la enfermedad así como por su oración, apoyan fuertemente a los hermanos comprometidos en el apostolado activo (cf. R 161).

Estamos llamados a ser testigos del infinito amor de Dios por todos los seres humanos. Para ello, como dice el Padre Radcliffe, no hace falta hacer cosas extraordinarias: “Ser un testigo no implica hacer propaganda o despertar a las gentes sino ser un misterio viviente. Esto quiere decir vivir de tal manera que nuestra vida no tendría ningún sentido si Dios no existiera”³.

... de vida fraterna

La fraternidad encuentra su origen en el amor de Dios. Así lo expresa el Padre Radcliffe: “Santo Tomás de Aquino nos enseñó que en el corazón de la vida del Dios que es amor se encuentra la amistad, la inefable amistad del Padre y del Hijo, que es el Espíritu”⁴.

La vida fraterna es el distintivo de toda verdadera comunidad religiosa. Pero ésta no vive únicamente para sí misma. Formar comunidad no es solamente construir, aislados del mundo, un nido de paz y felicidad. No podemos caer en la tentación narcisista de vivir juntos para mirarnos a nosotros mismos. Por el contrario, la comunidad religiosa existe para el cumplimiento de los fines del instituto.

La vida fraterna está en función de la misión, aunque algunos puedan pensar que es un obstáculo para la misma. Alguien nos decía un día: “Hermanos, los conozco a ustedes, veo sus cualidades y considero que podrían hacer mucho más. Podrían animar muchas más obras educativas poniendo un

3 Traducido de RADCLIFFE, Timothy. *Pourquoi donc être Chrétien ?* Paris, Cerf, 2005, p. 9.

4 Traducido de RADCLIFFE, Timothy. *Je vous appelle amis*, Paris, Cerf, 2001, p. 215.

solo hermano en la cabeza de cada establecimiento en lugar de poner a toda una comunidad”.

La afirmación anterior es contraria a lo que dice el documento *La vida fraterna en comunidad*. En él se declara que «toda la fecundidad de la vida religiosa depende de la calidad de la vida fraterna en común» y que “la comunión fraterna en cuanto tal es ya apostolado; es decir, contribuye directamente a la evangelización” (§ 54). Además de ser tan importante como la misión, la vida fraterna es un elemento esencial de la misma, pues hace creíble la llamada del Evangelio a la fraternidad (cf. Jn 17, 21).

El mismo documento aclara que el amor que une a los miembros de una comunidad “es el mismo que impulsa a comunicar también a los otros la experiencia de comunión con Dios y con los hermanos; es decir, crea apóstoles, impulsando a las comunidades hacia la misión, sea contemplativa, sea anunciadora de la Palabra, o se dedique al ministerio de la caridad” (*Vida fraterna en comunidad*, § 56).

La vida religiosa anuncia, en primer lugar, el evangelio de la fraternidad siendo ella misma una verdadera fraternidad. Ésta es a la vez signo de la Trinidad y de los discípulos del Señor (cf. Jn 13, 35) que nos convoca a todos a la comunión; es también signo del Reino, de la Iglesia y de lo que el mundo está llamado a ser; ella proclama la dignidad inviolable de la persona; ella anticipa la comunión escatológica (cf. *Vida fraterna en comunidad*, §§ 54, 55).

Pero hay todavía más. Oí decir a un sacerdote que trabajaba en un barrio muy pobre de una gran ciudad que el objetivo de todo apostolado es la formación de comunidad. Ahora bien, para tender a dicha meta es fundamental el compromiso de una comunidad verdaderamente profética.

Por otra parte, una vida comunitaria de calidad ayuda a que cada uno de sus miembros viva con autenticidad su vocación

y perseverare en ella. De este modo, la primera beneficiada por el apostolado de una comunidad es la comunidad misma, que periódicamente revisa su propia vida y su compromiso apostólico (cf. R 27).

Por último, nuestra Regla de vida se refiere en repetidas ocasiones a la íntima relación que existe entre la vida fraterna y la misión. Nos recuerda que vivimos en fraternidad para compartir nuestra vida y misión (cf. R 15), para sensibilizarnos a las necesidades del mundo y motivarnos para el don de nosotros mismos; nos invita a ayudarnos mutuamente y dar testimonio en nuestro medio apostólico (cf. R 15); nos convida a realizar nuestro apostolado preferentemente en las obras comunitarias desarrollando un espíritu de equipo (cf. R 49), a dar testimonio de caridad y de la “naturaleza de la vocación cristiana” (R 153).

... de consagración

La vida consagrada en sí misma es ya un apostolado, pues anuncia el amor de Dios y es expresión del mismo. En efecto, la vida de la persona consagrada sólo puede explicarse a la luz de dicho amor. En otras palabras, su estilo de vida profético, fuera de lo común, sólo se entiende como una respuesta de amor por parte de quien ha sido seducido por un Amor mucho más grande.

La Regla de vida confirma que nuestra consagración es una forma de apostolado. Ella nos enseña que consagrándonos al servicio exclusivo del amor de Cristo (cf. R 117) anunciamos el amor de Dios y recordamos la exigencia de la conversión y de la fraternidad universal (cf. R 5); por nuestra consagración mostramos el rostro compasivo del Señor (cf. R 152) y la solicitud de Cristo por los hombres (cf. R 118) y somos testigos del espíritu de las bienaventuranzas (cf. R 64); por ella nos comprometemos a ejercer un apostolado de acuerdo con la misión del instituto en la Iglesia (cf. R 67), nos hacemos

más disponibles para el servicio de la caridad (cf. R 60); damos testimonio de una vida totalmente entregada a Dios y a los hombres (cf. R 48) y despertamos a los hombres a las realidades celestes (cf. R 62).

La Regla establece también el carácter apostólico de cada uno de los votos. Así, por la castidad consagrada abrazamos el estilo de vida de Jesús y nos entregamos al servicio del Evangelio (cf. R 68); por ella damos testimonio a los jóvenes del amor auténtico y llamamos a los esposos a la fidelidad (cf. R 70). Por la pobreza consagrada asumimos la común condición de los hombres mediante el trabajo cotidiano para construir la ciudad terrestre (cf. R 83); vivir la pobreza implica servir a todos, especialmente a los más pobres (cf. R 80), ser solidarios (cf. R 84) y contestar los falsos valores del dinero y del poder (cf. R 85). Finalmente, por la obediencia consagrada nos disponemos al servicio apostólico en el desprendimiento de nosotros mismos (cf. R 101) y descubrimos juntos la voluntad de Dios contando con la mediación de nuestros superiores, que son los promotores de la unidad y del espíritu apostólico (cf. R 102).

En un mundo en buena parte carente de sentido, donde tantos buscan ansiosamente el poder y la fama, brillan con luz esplendente las personas consagradas que dan testimonio de autenticidad, sencillez y alegría en su servicio generoso y gratuito a Dios y a la humanidad.

... Servir a los niños y jóvenes

“Siguiendo a Jesús como hermanos de los más pequeños, queremos propagar de forma más intensa la predilección de Andrés Coindre por los niños y jóvenes pobres y sin esperanza, así como su herencia de la educación de la compasión y de la confianza”.

(Una peregrinación de esperanza... p. 25)

La aspiración fundamental de nuestra vida no es la promoción personal sino el servicio a Dios y a nuestros hermanos. En este sentido, nuestra misión es un servicio de promoción humana, con vistas a la evangelización, que desarrollamos principalmente por la educación de los niños y jóvenes. Como lo indicamos antes, esta promoción no sólo es preparación para la evangelización sino que, ya en sí misma, es verdadera evangelización. Por supuesto que la evangelización explícita implica que nos consagremos a la educación en la fe en la medida en que las circunstancias lo permitan.

La misión a la que me he referido en el párrafo anterior forma parte del carisma de nuestro fundador y del nuestro, porque somos sus discípulos. El Padre Coindre, dirigió su mirada compasiva a tantos jóvenes abandonados de Lyon. Unos deambulaban sin rumbo por sus calles; otros habían pagado con cárcel sus actividades delictivas o todavía las estaban pagando.

En el prospecto de fundación del Pío Socorro el Padre Coindre dice a propósito de los jóvenes delincuentes:

Culpables a una edad en que se es más superficial que malo, más atolondrado que incorregible, no había que desesperar de su cambio; hacía falta rodearles de ayuda para formarlos en el bien... ¿Qué hacer entonces? Por todas partes los rechazan. Las casas honradas no quieren recibirlos de ninguna manera. Todos los centros religiosos les cierran las puertas, incluso aunque se les ofrezcan cantidades considerables para los gastos de su aprendizaje. ¿Habrá que dejarles, pues, volver a sus antiguos hábitos y ver perecer las grandes esperanzas que habían hecho concebir por falta de procurarles una colocación conveniente? No, es digno de la caridad cristiana recogerlos y abrirles un refugio de salvación en un taller de caridad.... (*André Coindre, Escritos y documentos, 3, El piadoso socorro*, pp. 29 y 30).

El Padre Coindre, pues, movido por entrañas de misericordia, responde a la necesidad de los niños y jóvenes poniendo en marcha, entre 1816 y 1821, la Piadosa Unión, dos providencias, el Instituto de las Religiosas de Jesús María y el de los Hermanos del Sagrado Corazón.

Las misiones que el Padre Coindre realiza con sus compañeros le hacen descubrir la necesidad de educación en el medio rural. En la carta del 10 de enero de 1822, escribe: “si abro un nuevo establecimiento, será para enseñar” (*André Coindre, Escritos y documentos, 1, Cartas, Carta no III, p. 57*). El 21 de enero del mismo año repite la misma idea: “Si abrimos un segundo establecimiento, será para enseñar a leer y escribir a los niños como hacen los Hermanos de la Doctrina (Hermanos de las Escuelas Cristianas)” (*Ibid. Carta no IV, p. 64*). A partir de entonces y hasta su muerte en 1826, emprende la fundación de varias escuelas rurales en diversos lugares, sin limitarse a su diócesis de origen.

Nuestra misión como discípulos del Padre Coindre se desarrolla principalmente a través de la educación de los niños y jóvenes (cf. R 158), con una opción preferencial por los más pobres. Numerosos artículos de la Regla de vida nos lo confirman: “El Instituto de los Hermanos del Sagrado Corazón tiene su origen en el impulso apostólico del Padre Andrés Coindre: instruir a la juventud abandonada, iniciarla en el conocimiento y amor de Dios” (R 11).

La Regla de vida añade, además, que los hermanos participan en la misión evangelizadora de la Iglesia (cf. R 18 y 157) y la realizan en comunión con ella (cf. R 150) como religiosos educadores, “sobre todo mediante su ministerio en escuelas cristianas” (Decreto de Aprobación de la Regla de Vida, p. 11; cf. R 13 y 162), por la enseñanza de las ciencias profanas y religiosas (cf. R 163), por la educación de la fe (cf. R 164 y 125) y a través de una pastoral adaptada (cf. R 150).

Quiero subrayar que nuestro compromiso educativo no es simplemente una obra filantrópica, un servicio social humanitario sino una verdadera misión; se trata de una misión propia, según un carisma específico. Son verdaderamente evangelizadoras aún aquellas obras en las que no evangelizamos de manera explícita, pues en ellas hacemos visible el amor de Dios por la calidad humana y cristiana de nuestro servicio.

Si nuestro servicio educativo fuera sólo una obra social, sería una tarea de mera suplencia. En consecuencia, podríamos dejarlo cuando el Estado fuera capaz de responder a toda la demanda educativa. Pero no es así. El Estado no puede cumplir la misión evangelizadora que estamos llamados a realizar en las obras que animamos.

Lo anterior no significa que debemos aferrarnos a las obras en que nos encontramos en un momento determinado, como si fueran eternas. Ellas responden, según nuestro carisma propio, a las necesidades concretas de tiempo y lugar. No son, pues, definitivas; es el carisma el que debe perdurar.

Quiero subrayar, otra vez, que nuestro servicio forma parte de una misión. No se trata, por lo tanto, de un simple oficio o tarea. Eso debe llevarnos a los discípulos del Padre Coindre a preguntarnos permanentemente sobre cuál debe ser nuestro aporte específico en las obras que animamos y qué servicios concretos debemos asumir en ellas para facilitar dicha aportación. Debemos ver igualmente si dichas obras están de acuerdo con nuestro carisma y responden adecuadamente a las necesidades de hoy.

Como hemos visto, la Regla de vida afirma que realizamos nuestra misión principalmente por el servicio educativo (cf. R 162). Nos invita, además, a optar preferentemente por los más pobres. La fidelidad a los pobres, en los que Dios está presente, es signo de nuestra fidelidad a Dios mismo y de su preferencia por ellos. La Regla nos los presenta con diferentes rostros: los que nada tienen (cf. R 82), los que sufren

miserias materiales o espirituales (cf. R 152), los oprimidos y abandonados (cf. R 50), los que padecen injusticia (cf. R 150), los niños desheredados, la gente de las regiones menos favorecidas (cf. R 155).

Además de señalarnos el rostro de los pobres, la Regla nos invita con insistencia a realizar con ellos el proyecto del Padre (cf. R 50), a servir en ellos a Cristo (cf. R 10) y a servirlos como Cristo (cf. R 80); nos compromete a mostrarles compasión (cf. R 10) y, conscientes de nuestra pobreza personal, a tener una sensibilidad especial hacia ellos (cf. R 152); quiere que tengamos la preocupación de asistirlos concretamente (cf. R 82) y de promover su desarrollo natural y sobrenatural (cf. R 150).

Los discípulos de Coindre realizamos hoy nuestra misión, principalmente, por la educación formal en escuelas de todo tipo, en centros de estudios superiores, en establecimientos para la formación de educadores, etc. Pero también a través de la educación no formal, acompañando grupos donde se comparte la vida y la fe (cf. R 159). Asimismo, desarrollando proyectos de formación humana y cristiana, de sensibilización sobre la riqueza medioambiental, de apoyo y acogida a niños y jóvenes abandonados, discapacitados o con problemas de relación o de adaptación al estudio, de rehabilitación de drogadictos, de aprovechamiento del tiempo libre, etc.

Desarrollamos dicha misión en colegios, internados, casas de acogida, campamentos, etc. En el ejercicio de la misma tenemos un corazón compasivo para todos, especialmente para los más pobres y necesitados de ayuda. Esta predilección nos lleva a dar a éstos un apoyo afectivo y efectivo que se concreta en nuestro compromiso de vivir por los pobres o con los pobres o como los pobres. En todas las obras, aún en aquellas al servicio de gente mejor situada económicamente, estamos llamados a ofrecer una atención particular a las personas más necesitadas y a desarrollar en todos la justicia

social. En segundo lugar, en las obras situadas en regiones o sectores pobres podemos vivir con los pobres, en su mismo medio. Finalmente, en otros casos, reservados en buena parte a quienes tienen una especial vocación, viviremos como los pobres, asumiendo más privaciones y trabajando codo a codo con ellos. Eso sí, en todos los lugares estamos llamados a vivir la pobreza evangélica por el trabajo generoso, el compartir fraterno y el desprendimiento de quienes viven con lo realmente necesario.

Sería un error afirmar que están fuera de lugar quienes no realizan la evangelización de forma explícita o no están directamente al servicio de los pobres. Tampoco lo están quienes realizan algún apostolado un tanto diverso, siempre que, a través de la oración, del discernimiento comunitario y de la aprobación de los superiores, dicho servicio se haya juzgado acorde con el carisma del instituto (cf. R 162).

Nuestra misión es una, pero la desarrollamos en obras diversas. Esta diversidad es una gran riqueza. Cada comunidad debe amar lo que hace, pero, al mismo tiempo, debe apreciar mucho y reconocer con palabras y gestos los servicios diferentes que prestan otros hermanos o comunidades en el propio país o en otros.

Finalmente, debemos destacar que la Regla está imbuida de espíritu misionero, pues nos invita a responder generosamente a las necesidades misioneras de la Iglesia (cf. R 51) para que el mundo tenga su fundamento en Cristo (cf. R 6). Esta invitación implica participar en la expansión de la Iglesia transmitiendo la Buena Nueva en un lenguaje comprensible (cf. R 153), realizando un esfuerzo de inculturación (cf. R 154), aceptando el diálogo y buscando puntos de encuentro con personas de ideología diferente. Todos los hermanos del instituto se implican en esta obra misionera con su oración, sus relaciones con los misioneros, su ayuda, y su disponibilidad para acudir a cualquier país adonde la Iglesia llame al instituto (cf. R 165).

CAPÍTULO V

**Una escuela de hermanos con el
carisma de Andrés Coindre**

CAPÍTULO V.

Una escuela de hermanos con el carisma de Andrés Coindre

Antes de entrar en materia, explico el título de este capítulo. Comienzo por indicar - ya lo he aclarado en páginas anteriores - que el carisma de Andrés Coindre, como fundador, es la experiencia del Espíritu que él vivió y que se ha ido transmitiendo después a cada uno de sus discípulos. Se trata, por lo tanto, de un don del Espíritu que recibimos al ser herederos del fundador.

Es importante subrayar que el carisma es un don a las personas, no a las instituciones. En nuestro caso, no es la escuela la que recibe el carisma sino las personas que realizan en ella la misión educativa, cada una según su vocación particular. La escuela, por supuesto, se siente beneficiada por este don, que fructifica, sobre todo, gracias a la comunión de todos en el carisma. La expresión “comunión en el carisma” merece una especial explicación que no alcanzaré a dar en esta circular y que dejaré para la siguiente.

Han observado ustedes, sin duda, que he escrito “una escuela de hermanos” y no “una escuela de los hermanos”, que es algo diferente. La primera es una obra educativa que se distingue por la fraternidad que reina en ella, o expresándolo de otro modo, por su espíritu de familia, por su espíritu comunitario. En ella todas las personas, independientemente de su vocación particular, se relacionan de manera fraterna y sencilla, como corresponde a su igual dignidad. La segunda podría dar a entender que carisma y misión son propiedad exclusiva de los religiosos hermanos, lo cual, como veremos, no es cierto. Pero, nuevamente, dejamos la aclaración para la próxima circular.

En este capítulo pretendo poner de relieve de manera casi esquemática los rasgos que distinguen tal escuela, la de todos. Aunque soy consciente de que la mayor parte de los hermanos en activo realiza su misión en establecimientos de educación formal, me refiero con el término escuela a todas las formas actuales de la misión, que ya he mencionado en el capítulo anterior. En consecuencia, ninguno de ustedes debe sentirse excluido.

En las visitas al instituto que hacemos los miembros del Consejo general, muchos de los directores de los colegios y otras obras educativas nos piden dirigirnos al personal para subrayar la importancia de su misión y expresarle nuestro profundo agradecimiento por el irremplazable servicio que presta. Los rasgos que presento son fruto de la puesta en común de experiencias de compromiso en la misión educativa. En efecto, muchos educadores aceptaron compartir sus reflexiones sobre el fuego del carisma y el espíritu que las anima, sobre la misión que les ha sido encomendada y la vocación recibida, así como sobre la manera de responder, desde su propia identidad, a los retos de la misión en el mundo de hoy.

Estas experiencias se vienen realizando en el instituto desde hace varios años: Coindre Leadership Program en USA, la Tutelle en Francia, o los proyectos de formación de educadores en España, América Latina y en otros lugares. Ustedes, sin duda, han oído hablar de ellas y las han vivido. Son una gracia maravillosa para nuestra familia. Por eso les animo a continuar con entusiasmo el camino emprendido o a iniciar, llenos de esperanza, nuevos itinerarios. Destaco el carácter experiencial de los mismos. No se trata de hablar de teorías sino de compartir la vida, de celebrarla, de caminar juntos en el presente y de proyectarnos al futuro. En esto vale también el principio pedagógico de que “aprender es hacer”. Fácilmente podríamos elaborar bellos escritos acerca

de nuestra misión, pero servirían de muy poco si no son fruto de lo que, juntos, hemos descubierto, admirado, vivido, realizado, evaluado, celebrado, profundizado y proyectado.

Consciente de lo que acabo de afirmar, paso, no obstante, a señalar algunas características fundamentales que dan identidad a nuestras obras educativas. En el texto que sigue, la mayor parte de los subtítulos están tomados de la síntesis elaborada en Coindre Leadership Program para presentar los elementos esenciales de nuestra tradición educativa. En mi opinión, este documento los expone con fidelidad y con él me identifico plenamente. Quienes lo conozcan podrán constatar que he optado por un orden diferente de presentación y por una redacción bien personal.

Algunos rasgos forman parte de nuestra identidad siendo, a la vez, comunes con los de toda obra educativa católica; otros nos son más específicos por el especial relieve que nosotros les damos.

Ustedes observarán que empleo indistintamente los términos escuela, obra educativa, establecimiento, etc.; con cada uno de ellos me refiero a todas y cada una de las modalidades de nuestra misión, sin excluir ninguna.

Escuela abierta a la ciencia

Al oír la palabra escuela, rápidamente nos viene a la mente la idea de un lugar donde se aprenden las ciencias. En ese sentido, la escuela es el recinto donde el alumno llega a conocer parte de lo que ya se sabe acerca del mundo y de los seres, a la vez que adquiere las habilidades necesarias para, quizá, ser capaz de descubrir en el futuro lo que todavía no se conoce.

Las ciencias han contribuido al excepcional desarrollo tecnológico del mundo y a la fabricación de toda suerte de máquinas y herramientas. Es importante que la enseñanza

de las ciencias sea muy cuidada en nuestras obras educativas para que nuestros alumnos alcancen un buen nivel académico. Pero también es cierto que la ciencia no lo es todo; ella sola no alcanza a colmar las inmensas aspiraciones humanas. Además, puede ser utilizada para el bien o para el mal, como lo atestigua la historia de la humanidad. Por eso alguien decía: “maldita la ciencia si no conduce a la sabiduría”.

Escuela creadora de sabiduría

El sentido que doy aquí a la palabra sabiduría es el que se encuentra en la Sagrada Escritura. En ella el hombre sabio no es el muy instruido, aquel que tiene amplios conocimientos; sabio es quien sabe vivir como a Dios le agrada, en otras palabras, como hijo de Dios y como hermano de los demás.

Jesús, Dios hecho hombre, es el sabio por antonomasia. Nadie como él ha tenido una conciencia tan elevada de ser hijo del Padre y hermano de todos; ninguno ha vivido de forma tan coherente las dimensiones de filiación y fraternidad. Por eso, en nuestras obras educativas, que quieren ser escuelas de auténtica sabiduría, Jesús es la referencia fundamental. Él es, pues, el centro de nuestras escuelas.

Espiritualidad del Corazón de Cristo

Nuestras instituciones, por tanto, deben crear espacios de encuentro de los niños y jóvenes con el mensaje humanizador de Jesús de Nazaret (cf. Documento de identificación de los colegios corazonistas de España). En nuestro caso se trata, sobre todo, del encuentro con el Corazón de Cristo, símbolo por excelencia del amor de un Dios que ha querido compartir totalmente nuestra condición humana. La espiritualidad del Corazón de Cristo, expresión sublime de la compasión de Dios por la humanidad, vivifica toda la comunidad escolar. Esta espiritualidad se manifiesta sobre todo en relaciones

interpersonales marcadas por la compasión, el afecto y el respeto. La educación es, en gran parte, un asunto de buenas relaciones.

Formación de toda la persona

El mensaje humanizador de Jesús resalta la extraordinaria dignidad de la persona humana. Después de Dios, nadie ni nada, ni siquiera la ley sagrada, es superior al ser humano: “El sábado ha sido instituido para el hombre y no el hombre para el sábado” (Mc 2, 27). Fiel al evangelio, que proclama esta dignidad, nuestra escuela se pone enteramente al servicio del alumno para acompañarlo y apoyarlo en su crecimiento humano, moral y religioso (cf. R 168). Su finalidad es, por lo tanto, favorecer la formación de toda la persona (cf. R 149 y 151), a través de las actividades académicas, recreativas, deportivas, artísticas, pastorales, etc. Para lograr dicho fin es especialmente importante el desarrollo de un proyecto de formación en valores como la sinceridad, la sencillez, el respeto, la solidaridad, el sentido comunitario y el compromiso (cf. R 157), la justicia, el amor a la naturaleza, la responsabilidad (cf. R 159), el espíritu de trabajo, etc.

La riqueza de una obra educativa son las personas que trabajan en ella. He aquí una anécdota sobre este particular. En un establecimiento educativo moderno, con múltiples ayudas didácticas y amplios espacios para la recreación y el deporte, un niño preguntó al director de su colegio:

“¿Es verdad que el nuestro es uno de los mejores colegios de hermanos en todo el mundo?”

- He trabajado en colegios de pequeños pueblos, de ciudades intermedias, de grandes ciudades, de barrios ricos y de barrios pobres, le respondió muy prudentemente el Director. Para mí el mejor colegio no es el que tiene mejores edificios, terrenos y equipos didácticos. El aspecto material es importante, pero

no lo es todo. El mejor colegio es aquel que tiene los mejores alumnos, los mejores padres, los mejores educadores y, para resumir, las mejores personas. Y eso sólo Dios lo sabe. Se lo voy a preguntar esta noche. Pregúntaselo tú también y mañana hablamos. ¿De acuerdo?

- Bueno, mañana nos vemos," respondió el niño.

Coherencia entre la fe y la vida

La formación integral de la persona incluye su crecimiento en la fe y la coherencia entre la fe y la vida, ya que la fe se manifiesta en las obras, como dice la carta de Santiago: "Pruébame tu fe sin obras y yo te probaré por las obras mi fe" (St 2, 18).

Espíritu de comunidad

El amor a Dios y al prójimo resumen toda la ley y los profetas (cf. Mt 22, 40). Eso significa que el evangelio de Jesús es el evangelio de la fraternidad. Por lo tanto, otra característica de nuestras escuelas es el espíritu de comunidad, que se pone de manifiesto principalmente por las relaciones cercanas (cf. R 156), la sencillez, la benevolencia, el espíritu de acogida (cf. R 160), el ambiente de familia, el deseo de todas las personas y grupos de formar comunidad (cf. R 156), la comunión en el carisma y misión, y el trabajo en equipo. Un particular signo distintivo de este espíritu es la sintonía y colaboración entre el personal al servicio de la escuela y los padres de familia, que son los primeros educadores de sus hijos.

Preferencia por los pobres y compromiso por la justicia

El amor a los demás se demuestra, sobre todo, en el servicio. La escuela es el lugar donde la persona recibe una

formación especial para construir un mundo mejor, más humano, más habitable, más justo. En este sentido, una preocupación especial de nuestra escuela es el servicio a los pobres y el compromiso por la justicia. Dicho servicio empieza por la atención especial a las personas de nuestras obras que tienen mayores dificultades. Asimismo, el compromiso por la justicia debe comenzar por vivirla en la obra en que nos encontramos.

El servicio a los pobres comprende, entre otras cosas, la sensibilización de la comunidad educativa sobre la situación de los mismos (cf. R 159 y 169), la formación para la justicia y la realización de proyectos que les ayuden a procurarse un mejor futuro.

Educación de la compasión y en la confianza

La formación de toda la persona requiere de una pedagogía, es decir, de una manera especial de educar, según nuestro carisma. Nuestra pedagogía es la pedagogía de Jesús, es decir, una pedagogía del corazón, que nace de la espiritualidad de la compasión. Debemos amar mucho a los niños y jóvenes que se nos encomiendan. Quien ama valora al otro, confía en él y, de esa forma, le ayuda a sentirse valorado, a tener confianza en sí mismo. Nuestra pedagogía es, por lo tanto, una pedagogía basada en la confianza, que se expresa principalmente por nuestra aceptación de los niños y jóvenes, el respeto a ellos, la fe en su capacidad de cambio y crecimiento, a pesar de las dificultades que puedan tener.

Esta pedagogía se traduce igualmente en presencia y disponibilidad. Se trata de estar junto a los jóvenes con una presencia vigilante, bondadosa, sencilla y servicial, para brindarles el acompañamiento y el apoyo que necesitan. Es también la pedagogía de la escucha, del diálogo (cf. R 160), de las buenas relaciones (cf. R 158) y de la exigencia siempre prudente y razonable. Sería deseable que la escuela pueda

contar con un buen equipo de orientación escolar para apoyar toda esta pedagogía.

Ambiente ordenado y organizado

Finalmente, otra característica de nuestra escuela es la atmosfera de orden y de organización que reina en ella. Dicho ambiente es indispensable, como dice el documento de Coindre Leadership Program, para “aprender y experimentar el amor a Dios, el amor a los demás y el amor al estudio”. Exhortamos a nuestros alumnos a formarse en el respeto a la autoridad y en una autodisciplina; la formación en la disciplina requiere respetar la dignidad de todos y establecer relaciones mutuas de confianza (cf. R 159) y de cooperación, sin discriminaciones ni preferencias.

La organización del Colegio debe expresarse en un proyecto educativo elaborado con la participación de todos los actores de la escuela (cf. R 156). A partir de la identidad de la misma y de la situación real del lugar, este proyecto precisa las finalidades que se persiguen, estructura toda una organización educativa, pedagógica y didáctica, define un organigrama que establece con claridad las responsabilidades de cada uno, determina un marco de gestión y presenta programas para la formación permanente del personal. Este proyecto debe ser revisado periódicamente. Debe acompañarse, también, de un proyecto de pastoral, concebido en colaboración, que incluya la formación en valores, la integración entre fe, cultura y vida, y los procesos de crecimiento en la fe (cf. R 158) con vistas a formar en el interior del establecimiento una auténtica comunidad cristiana que dé testimonio de una vida según el evangelio.

El proyecto de pastoral es como el corazón, el alma o la médula del proyecto educativo. Cada una de las personas al servicio de la escuela, según su vocación y desde el servicio concreto que prestan, contribuye a la ejecución de ambos

proyectos y se convierte en un agente de pastoral, en primer lugar por su testimonio de vida.

La buena integración entre el proyecto educativo, el proyecto de pastoral y la organización escolar favorecen el logro de los objetivos que se pretenden y una mayor unidad de acción por parte del personal. De ello resulta que toda la escuela pueda ser mejor evangelizada y más evangelizadora, pues todo en ella debe ponerse al servicio de la misión.

En la próxima circular presentaré el educador de una escuela de hermanos mostrando el perfil de las personas que trabajan en ella apoyando la misión educativa.

CONCLUSIÓN

Nuestra misión, como discípulos del Padre Coindre y herederos de los hermanos Javier, Policarpo y de todos nuestros antepasados, es ayudar a que el mundo de hoy, y especialmente los niños y jóvenes, encuentren sabor a la vida, se sientan a gusto en ella, aprendan en la experiencia de cada día que vale la pena vivir, que la vida tiene un sentido en el Dios de Jesús, que la felicidad está en aceptar los dones que reciben y, a su vez, en ofrendarse a sí mismos a lo largo de toda su existencia.

Esta misión se desprende de una particular experiencia del Espíritu. Ella consiste en descubrir el amor compasivo de Dios, a través del Corazón de Cristo, cuyo costado abierto revela que nos ha amado hasta el fin (cf. Jn 13, 1). Ella implica igualmente que hagamos nuestro ese amor-compasión hacia el pueblo de Dios, particularmente hacia los niños y jóvenes. Llamamos carisma a esta acción gratuita del Espíritu en nosotros, a este don a cada uno, en cuanto miembros de una familia religiosa, para el servicio de la comunidad, de la Iglesia y del mundo.

Un riesgo de nuestra vida consagrada al servicio de la educación es que nos limitemos a ser hombres de un oficio en una determinada obra; que seamos igual que todo el mundo, sin nada que nos diferencie, sin nada específico que ofrecer, sin identidad propia. Eso significaría la muerte del carisma y la pérdida de nuestra razón de ser.

Ser signos es ser distintos de alguna manera, en cierto modo ser únicos, tener una identidad propia, con rasgos que nos caracterizan y que se añaden a los elementos que tenemos en común con ellos. En la Iglesia, cada familia religiosa tiene un carisma específico, que podemos comparar con la sal que da especial sabor y con la luz que ilumina (cf. Mt 5, 13-14).

CONCLUSIÓN

Volver a lo esencial de la vida consagrada requiere retornar permanentemente a la fuente de agua pura y fresca del carisma original; de esta manera nuestra consagración será fortalecida y vivificada. Hermanos, hoy y siempre necesitamos refundar la vida religiosa sobre el carisma de nuestro fundador, el Padre Andrés Coindre, como lo hicieron nuestros predecesores.

Apyados siempre en la gracia del Señor, tenemos la responsabilidad de redescubrir nuestro carisma y de ponerlo en práctica respondiendo a las necesidades actuales de nuestro mundo con la aplicación de medidas adecuadas

La próxima circular tratará principalmente de la comunión en el carisma y misión entre religiosos y seculares, y de la formación necesaria para vivirla realmente. Pero antes de abordar estos dos temas, presentará la vocación del seclar y la vocación del religioso hermano.

Que por intercesión de María, virgen fiel, madre y educadora, el Señor nos conceda el don de la fidelidad a nuestro carisma para ser testigos de esperanza por el camino de la comunión.

PREGUNTAS PARA LA REFLEXIÓN PERSONAL Y EL COMPARTIR COMUNITARIO

Observación: aunque las preguntas están formuladas en plural, como si fueran a servir sólo para el compartir comunitario, es necesario que cada uno las responda primero personalmente; además, ustedes pueden hacerse otras preguntas.

1. ¿Qué luces nos aporta esta circular?
2. ¿Vivimos equilibradamente nuestra vida religiosa, encarnando adecuadamente cada una de las dimensiones del carisma? En otras palabras, ¿vivimos nuestro carisma integralmente?
3. ¿Qué podemos hacer para progresar en la vivencia integral del carisma?
4. Con el fin de vivir mejor carisma, ¿cómo podemos estar atentos a las verdaderas condiciones de los hombres, a sus preocupaciones, a sus angustias, a sus miserias, a sus luchas y a sus esperanzas?
5. ¿A través de qué signos podemos reconocer que nuestra acción no es un simple trabajo o tarea sino una verdadera misión?
6. Comopersonasconsagradas,¿cuáldebesernuestraaportación específica en las obras en que nos encontramos?
7. ¿Qué servicios - enseñanza, animación de la pastoral educativa, orientación escolar, administración, dirección, etc.- debemos privilegiar para facilitar dicha aportación?
8. ¿A qué compromisos nos impulsa hoy nuestro carisma?

ÍNDICE

Introducción	5
I. El carisma, don para el servicio	7
¿Por qué hablar del carisma?	8
El carisma en el lenguaje común y religioso	10
El carisma en la vida religiosa	10
II. El carisma de los fundadores	13
El carisma es un don	14
... espiritual y gratuito	15
... personal y colectivo	15
... siempre vivo	16
... eclesial	16
... para un servicio	17
... dinámico	18
... que determina la índole de un instituto	18
Dimensiones del carisma	19
III. Carisma del Padre Andrés Coindre, carisma del instituto	23
El carisma del Padre Andrés Coindre	25
Conducido por el Espíritu	25
La obra del Señor	26
Dimensiones del carisma	26
Espiritualidad	27
Fraternidad	28
Misión	29
Identidad propia	30
Vida unificada	30
Institucionalización del carisma	31
El carisma sigue vivo	31
IV. Nuestra misión	35
Finalidad de la misión	36
Ayudar a descubrir el sentido de la vida	36
En el Dios de Jesús, el Cristo	37
Anunciar el Evangelio, que es Cristo mismo	38
Construir el Reino	39
Realizar la misión es	40
... Cultivar la vida espiritual	40
... Dar testimonio	42
... de vida fraterna	43
... de consagración	45
... Servir a los niños y jóvenes	46
V. Una escuela de hermanos con el carisma de Andrés Coindre	53
Escuela abierta a la ciencia	56
Escuela creadora de sabiduría	57
Espiritualidad del Corazón de Cristo	57
Formación de toda la persona	58
Coherencia entre la fe y la vida	59
Espíritu de comunidad	59
Preferencia por los pobres y compromisos por la justicia	59
Educación de la compasión y en la confianza	60
Ambiente ordenado y organizado	61
Conclusión	63
Preguntas	65



**5ª Circular del superior general
Hermanos del Sagrado Corazón**

Casa general
Piazza del Sacro Cuore, 3
Roma

2 de febrero de 2010

CAPÍTULO I:
El carisma, don para el servicio

CAPÍTULO II:
El carisma de los fundadores

CAPÍTULO III:
Carisma del Padre Andrés Coindre,
carisma del instituto

CAPÍTULO IV:
Nuestra misión

CAPÍTULO V:
Una escuela de hermanos con el
carisma de Andrés Coindre